

---

## BIBLIOGRAFIA.

---

"LOS DOSCIENTOS CINCO MÁRTIRES DEL JAPON,

por el

R. P. BOERO, DE LA COMPAÑIA DE JESUS,

traducido por el

R. P. Fr. Pablo Antonio del Niño Jesús."

México, imprenta de Lara, 1869: un vol. 8.<sup>o</sup> de 207 páginas  
y un apéndice de 71.

---







nerales, á lo menos particulares, en diversos países, manteniéndose sin interrupción hasta nuestros días, la serie gloriosa de los confesores de la fé. Apenas gozaba, por decirlo así, la Iglesia la paz de Constantino, cuando hubo de sostener la guerra contra los arrianos, que no fué suave ni corta, y causó entre muchos, el martirio de San Hermenegildo, así como las muchas persecuciones contra San Atanasio y tantos otros innumerables Obispos. Los árabes de España procuraron también mártires á la Iglesia y lo mismo han hecho los herejes de todos los países y de todos los siglos. Los continuos trabajos de los misioneros para propagar las semillas del cristianismo y llevar la luz del Evangelio á pueblos sumidos en las tinieblas de la idolatría, daban á muchos ocasión de sacrificar sus vidas; mas cuando á fines del siglo XV y principios del XVI, tomaron tanto vuelo los descubrimientos marítimos, creció al par el campo de la predicación y por consiguiente el del martirio.

En los dos países más civilizados de la América, Méjico y el Perú, la conquista siguió al descubrimiento, de suerte que la predicación comenzó cuando ya las armas habían sujetado los pueblos. No es pues extraño que la introducción del cristianismo se verificara en Méjico, generalmente ha-

blando, sin oposición abierta. Solo en las tierras del Norte y del Occidente, habitadas por tribus salvajes conocidas con el nombre genérico de *Chichimecas* (que entonces llegaban hasta Querétato,) perdieron la vida muchos misioneros á manos de aquellos bárbaros, mas esto no constituyó propiamente una persecución, sino que eran más bien asesinatos aislados, fruto de la barbarie de los ejecutores. Como no vivían en sociedades organizadas, y apenas si tenían religión y culto, no era el celo por la defensa de sus creencias, ni el disgusto por la predicación de otras nuevas, lo que les hacía quitar la vida á los misioneros. Impulsábanlos más bien su ferocidad natural, y á veces el desagrado que les causaba la libertad con que los predicadores les afeaban sus vicios y procuraban apartarlos de ellos. Otras veces el móvil era un deseo de venganza, suscitado por los agravios que recibían de los conquistadores, no acertando su sentimiento á distinguir entre los predicadores pacíficos y los soldados devastadores, sino confundiéndonlos á todos como á hijos de una misma nación. Tales martirios aislados continuaron por mucho tiempo; y si bien no se quiera conceder que aquellos benditos varones fueron muertos precisamente *in odium fidei*, no puede negárseles el mérito grande



y la gloria imperecedera que ganaron en el cielo, dando su vida por la salvación de sus prójimos; sacrificio el más sublime de la caridad, que es ella misma la mayor de todas las virtudes.

Las abrasadas arenas del Africa han sido, como el mundo todo, regadas con sangre de mártires; mas donde especialmente ha resplandecido la gloria de la Iglesia en la muerte de sus hijos, ha sido en los dilatados reinos de Asia. Todavía hace pocos años, nos dió la Cochinchina el espectáculo del martirio en dos santos Obispos. La iglesia del Japón se ha señalado entre todas por la violencia y duración de las persecuciones, por el número de las víctimas, por la crueldad de los tormentos, y por la singular circunstancia de haber sido destruida con el hierro y con el fuego. Su celebridad ha crecido en nuestros días con la solemne canonización de veintiseis santos y beatificación de doscientos cinco mártires, hecha solemne-mente por N. S. P. Pío IX, en 8 de Junio de 1862 y 7 de Julio de 1867. Su historia tiene para nosotros un interés particular, porque allá alcanzaron la palma del martirio tres mejicanos: San Felipe de Jesús, y los bienaventurados Bartolomé Laurel y Bartolomé Gutiérrez.

Hé aquí por qué hemos leído con especial

gusto y atención un pequeño volumen publicado en estos días con el título de: "Los doscientos cinco Mártires del Japón. Relación de la gloriosa muerte de los Mártires beatificados por el Sumo Pontífice Pío IX, el día 7 de Julio de 1867, escrita por el R. P. Boero, de la Compañía de Jesús, y traducida del francés al español por el R. P. Pablo Antonio del Niño Jesús, Carmelita." El traductor aumentó el mérito de la obra original, añadiéndole un interesante apéndice, en que se refieren con más extensión las vidas de los tres mártires mejicanos, así como las de los otros santos y bienaventurados que vivieron en Méjico.

La Iglesia del Japón, fundada por el apóstol de Oriente San Francisco Javier, hacia la mitad del siglo decimosexto, progresó de tal manera, que en los primeros años del siglo siguiente contaba seiscientos mil cristianos, sin que hubiese sido obstáculo para tal incremento, la primera persecución movida por el célebre Taicosama en 1596, en la cual padecieron martirio los veintiseis santos canonizados en 1862, entre ellos nuestro San Felipe de Jesús. Gozó después de algunos años de paz aquella Iglesia, hasta que en 1613 se levantó una nueva y mucho más terrible persecución, que duró treinta y seis años, y acabó totalmente con la cris-



tiandad en aquél imperio. A una parte de esa época terrible (1617 á 1632) pertenecen los doscientos cinco mártires, beatificados en 1867; é igualmente perdieron la vida por la fe entonces y después otros muchos, acerca de los cuales no se han recogido los testimonios suficientes para la Iglesia, tan escrupulosa y detenida en sus declaraciones, haya determinado concederles solamente el título de bienaventurados.

Los sacerdotes que plantaron y regaron con su sangre aquella iglesia, pertencían á las cuatro órdenes de franciscanos, agustinos, dominicos y jesuitas. Casi todos habían sido de España, Portugal, Italia y Méjico; pero también se contaban entre ellos algunos hijos del país. Hubo además, entre los mártires, varios seglares extranjeros, y un número considerable de japoneses, hombres, mujeres y niños; los unos por ser catequistas ó *dóxicos* de los padres, y otros solo por haber hospedado en su casa á los misioneros; porque la persecución era tan rigurosa, que esto bastaba para que fueran condenados á muerte, sin distinción de edad ni sexo, todos los habitantes de la casa. A esta clase de supuestos delincuentes se quitaba ordinariamente la vida cortándoles la cabeza de un solo tajo de *catana* ó alfanje; y decimos ordinariamente, porque algunas veces los

quemaban vivos. Con los sacerdotes y los catequistas usaban mayor rigor. Solían detenerlos largo tiempo en horribles cárceles (de que más adelante tendremos ocasión de hablar) y hacerles sufrir crueles tormentos para obligarles á apostatar. Cuando por no conseguirlo determinaban al fin deshacerse de ellos, unas veces los crucificaban, otras, y era lo más común, los asaban á fuego lento.

La crucifixión se verificaba colocando al mártir en una cruz de madera, hecha casi en la forma ordinaria, con una repisa para los pies; mas en lugar de clavarlo en ella, le sujetaban con argollas de hierro en los pies, en los brazos y en el cuello. Una vez levantado en la cruz, le dejaban morir en ella, ó le atravesaban el cuerpo con dos lanzas, que entrando por los costados salían por cerca de los hombros al lado opuesto. Tal fué el suplicio que abrió las puertas del cielo á los veintiseis santos canonizados en 1862: y de nuestro San Felipe de Jesús se refiere, que por no estar las argollas de los pies á la distancia conveniente, ni tener el diámetro requerido, bajó el cuerpo por su propio peso, de manera que "sufrió en los brazos una dolorosa y extraordinaria tirantez, las argollas de los pies le arrollaron la piel de las espínillas hasta descubrirle los huesos, y



“ la de la garganta le oprimió con tal fuerza  
“ el cerebro y lastimó de tal suerte las man-  
“ díbulas, que semi-extrangulado, apenas  
“ pudo exclamar: Jesús! Jesús! Jesús!” Enton-  
ces los verdugos le clavaron las lanzas, aña-  
diendo otra al pecho, y fué el único de los  
gloriosos compañeros, que sufrió el marti-  
rio de la tercera lanzada.

Si la sentencia era de fuego, clavaban tan-  
tos postes cuantos eran los mártires, los ata-  
ban á ellos débilmente y ponían fuego á la  
leña colocada al rededor, y de intento á bas-  
tante distancia, dejando un claro sin ella, á  
fin de que los pacientes pudieran desatarse  
con facilidad y salir del círculo abrasador,  
tan pronto como quisieran librarse de la  
muerte temporal á costa de la apostasía.  
Hubo vez en que tan diabólica invención  
surtió su efecto: algunos cristianos japone-  
ses, nuevos en la fe, no pudiendo resistir  
al horrible dolor del fuego, salieron de la  
hoguera invocando á los falsos dioses; mas  
por fortuna fueron poquísimos, y aun hubo  
alguno que arrepentido volviera á entrar al  
fuego, expiando con su sacrificio voluntario  
un momento de flaqueza. La gran mayoría  
de los mártires permanecía firme en el pue-  
sto, y cuando el fuego quemaba las ataduras  
de alguno, andaba en medio de las llamas  
visitando y animando á sus compañeros: vol-

viase luego á su poste con el cual se abra-  
saba hasta caer y reducirse á cenizas. Co-  
mo la leña estaba lejos, y era poca, y solía  
estar mojada, ardía difícilmente, de manera  
que los mártires no espiraban sino después  
de dos y tres horas de sufrir tan horrible  
tormento. Firmeza increíble y tan superior  
á la naturaleza humana, constituía por sí  
sola un milagro de la gracia divina.

Pero si la espada, la cruz y el fuego eran  
los suplicios ordinarios, había ocasiones en  
que los autores de tales atrocidades discor-  
rían nuevo géneros de crueldad. Así por  
ejemplo, el padre Jacobo Carballo, jesuita  
portugués, murió helado en Febrero de 1624.  
Oigamos cómo refiere su martirio el histo-  
riador: “Al siguiente día, 18 de Febrero de  
“ 1624, fueron sometidos á un género de su-  
“ plicio no usado hasta entonces. En la ri-  
“ bera, al pie de la fortaleza y á la vista  
“ del palacio de Masamuera, había una fosa  
“ cuadrada, rodeada de estacas, á la que  
“ entraba el agua del río por un pequeño ca-  
“ nal. A las diez de la mañana sentaron en  
“ la fosa al P. Carballo con sus ocho compa-  
“ ñeros, ligando al padre á las estacas y expo-  
“ niéndole desnudo al horrible tormento del  
“ aire y del agua helados..... Cuatro días des-  
“ pués, es decir, el 22 de Febrero, se dió or-  
“ den de que llevasen otra vez al P. á la fo-



" sa y que le dejasen morir de frío, cuya  
" sentencia fué luego ejecutada. Los verdu-  
" gos, para aumentar los sufrimientos del  
" siervo de Dios, le forzaron á mantenerse  
" en pie, teniendo el agua hasta las rodillas,  
" mientras caían espesos copos de nieve, y  
" soplaba un viento glacial. Al ponerse el  
" sol se retiró todo el mundo, menos los  
" guardias y algunos cristianos, que quisie-  
" ron ser testigos de los últimos momentos  
" del confesor de la fe. Se le oía dar gracias  
" á Dios, é invocar los nombres de José y de  
" María; su voz fué extinguiéndose poco á  
" poco, y antes de la media noche reposó en  
" el Señor."

Apenas es posible concebir espectáculo  
más triste que el de un martir sumergido  
en agua helada, y que en medio de la deso-  
lación de un riguroso invierno, expira de  
frío, en las tinieblas de la noche y abando-  
nado de todo el mundo. Pero más horrible  
aún, si cabe, es la relación del martirio del  
P. Miguel Nacaxima, jesuita japonés: "El  
" gobernador se valió de mil medios para  
" pervertir á Miguel: no pudiendo lograrlo,  
" le hizo desnudar y apalear por los solda-  
" dos, que le molieron todo el cuerpo, y co-  
" mo invocaba el nombre de Jesús, le metie-  
" ron una piedra en la boca. De este modo  
" le tuvieron expuesto á los rayos del sol,

" apremiándole fuertemente á que apostata-  
" se; pero él les respondía: "Vosotros haréis  
" picadillo toda mi carne y mis huesos, y me  
" arrancaréis el alma del cuerpo, antes que  
" sacarme de la boca tan horrible palabra."  
" Entonces ensayaron el tormento del agua:  
" tendieronle boca arriba, le cerraron cui-  
" dadosamente la boca, y le aplicaron á las  
" narices un embudo, por el cual le intro-  
" dujeron ocho grandes vasijas de agua:  
" cuando ya no pudo contener más, un ver-  
" dugo saltó sobre el vientre de la víctima,  
" y oprimiéndole fuertemente con los pies  
" le hacía expelar el agua con tanto ímpetu  
" que arrojaba sangre con abundancia. *Mu-*  
" *chas veces* sometieron á este horrible su-  
" plicio al valeroso mártir. Al día siguiente,  
" escribía al P. Borges, comenzaron de nue-  
" vo á atormentarme con el agua, y después  
" me dejaron tirado en la tierra, en donde  
" recibí una grande y evidente gracia del  
" Señor. Como padecía yo mucho con el ar-  
" dor del sol, que me parecía excesivo, hice  
" á Dios está súplica: "Señor, ese sol es cria-  
" tura vuestra, en todo sujeta á vuestra vo-  
" luntad: yo os suplico me libertéis de su  
" grande ardor." Hecha esta oración, repen-  
" tinamente el aire se obscureció sobre mí  
" y la sombra que produjo no pasó del lugar  
" donde yo estada: al mismo tiempo sopló



" un viento fresco que me permitió respirar,  
" y me reanimó enteramente. ¡Que Dios sea  
" bendito en su misericordia!" En otra car-  
" ta dice: "Mientras que yo sufría en estos  
" días muy crueles dolores, unos cristianos  
" me decían, que Dios me los hacía gustar  
" como una señal de los tormentos que me  
" quedaban por sufrir, y yo lo creí así. Cuan-  
" do los dolores redoblaban su intensidad,  
" ocurrió á la Virgen Nuestra Señora, implo-  
" rando su intercesión, y al instante cesaron  
" los dolores. Por tanto, al considerar estas  
" grandes misericordias del Señor, veo cla-  
" ramente que padecer estos dolores y no  
" rendirme, ha sido un efecto de su gracia  
" y no de mis propias fuerzas."  
" Tanta constancia, lejos de suavizar el  
" furor de los perseguidores, les irritaba  
" más: condenaron á Miguel á un nuevo gé-  
" nero de muerte, de los más crueles. La ex-  
" plicarémos en pocas palabras, por no ha-  
" berla explicado antes. A distancia de al-  
" gunas leguas de Arima se eleva una mon-  
" taña llamada Ungen, cuya altura se divi-  
" de en tres ó cuatro largas cimas, que for-  
" man una garganta profunda, espantosa y  
" toda calcinada por el fuego subterráneo.  
" En muchos puntos de este suelo maldito  
" se ven brotar manantiales de ardientes  
" aguas, que exhalan un insoportable olor

" de azufre. El horror de este lugar, su ca-  
" lor y su detestable pestilencia, hacen que  
" los aldeanos le llamen Ghingócu, es decir:  
" boca del infierno. Cerca de dieciocho  
" años hacía que se había abierto una nue-  
" va boca, mucho más grande que las otras,  
" redonda y de un diámetro de cinco ó seis pa-  
" sos, á la que sobre todo le convenía el nom-  
" bre de boca del infieruo. El agua sulfurosa  
" de que está llena es tan caliente, que se oye  
" el estrépito con que hierva y se ve el va-  
" por que despide á una grande altura, y tan  
" espantoso es verla y oír su ruido, como  
" doloroso respirar sus exhalaciones. Pero  
" lo que jamás se había ideado para castigar  
" á ningún criminal, lo idearon los persegui-  
" dores: esto es, determinaron usar de esa  
" agua para atormentar á los confesores de  
" la fe. Uno de los primeros en quien se hi-  
" zo la prueba, fué el P. Miguel Nacaxima,  
" que murió allí con valor heroico. El 24 de  
" Septiembre se mandó que lo condujesen  
" á Ungen, probando por última vez el per-  
" vertirlo, tanto con instancias como con  
" amenazas: no logrando nada con las pala-  
" bras, los verdugos volvieron por tercera  
" ocasión á atormentarle con el suplicio del  
" agua, y después le condujeron á uno de  
" los manantiales de agua de azufre, que co-  
" rría en una fuente bastante grande, pero



« de tan poca profundidad, que el agua solo  
« se elevaba un palmo. El verdugo ató una  
« cuerda á las manos del hermano Miguel y  
« le mandó que con los pies desnudos pasa-  
« se de un borde al otro por en medio de la  
« fosa. El valeroso mártir entró sin vacilar,  
« y con paso tranquilo avanzó, como si hu-  
« biera entrado allí por placer. El verdugo  
« mismo estaba atónito ante esa fuerza de  
« alma, viendo que la piel viva se le despren-  
« día de los pies como se desprende el cal-  
« zado. Tiró de la cuerda para impedir que  
« la víctima fuese más lejos, y apenas pudo  
« hacer que el hermano Miguel volviese an-  
« dando: entonces se le condujo á otro ma-  
« nantial cuya fuente fuese más profunda, y  
« colocado á la orilla, se le desnudó, y el  
« verdugo comenzó á derramar con una es-  
« pecie de cuchara sobre todo su cuerpo esa  
« agua ardiente que arrancaba las carnes, y  
« así le estuvo quemando poco á poco, hasta  
« que todo el cuerpo era una sola llaga, ex-  
« ceptuando la cabeza, que no recibió agua  
« alguna. El mártir se puso tan desmesurada-  
« mente hinchado y tan exhausto de fuerzas,  
« que no podía dar un paso: los verdugos le  
« llevaron en unas angarillas y le tendieron  
« sobre un poco de paja; pero como estaba  
« desnudo hasta de la piel, y era tiempo de

« invierno, el frío glacial de la noche le hizo  
« padecer tanto como las ardientes aguas.  
« Salió el sol el 25 de Septiembre, y cerca  
« de las ocho de la mañana llevaron al con-  
« fesor de la fe á la orilla de la gran boca  
« que llaman boca del infierno. Entonces el  
« verdugo tomó un vaso mucho más grande,  
« y comenzó á echarle agua en la cabeza,  
« que corría por todo lo largo del cuerpo. Era  
« un espectáculo horrible ver el destrozo  
« que el agua hacía en la carne; pero era  
« más admirable todavía la invencible fir-  
« meza de este heroico mártir, que sufrió el  
« tormento por espacio de dos horas, sin  
« moverse, ni exhalar un gemido, y solamen-  
« te invocando con ternura á Jesús y á María,  
« hasta que expiró.»

Nuestro compatriota, el bienaventurado  
P. Fr. Bartolomé Gutiérrez, fué también uno  
de los que sufrieron el suplicio infernal de  
las aguas de Ungen, aunque no pereció en  
él. Preso y llevado á la carcel de Omura,  
en compañía de otros padres, sufrió allí ter-  
ribles trabajos durante dos años. Sacáron-  
los á todos de la carcel á fines de Noviem-  
bre de 1631; y los condujeron á las aguas  
hirvientes del monte Ungen. «En todos los  
« desfiladeros pusieron guardias para que  
« nadie los siguiera ni tuvieran testigos y  
« consoladores en la verdadera carnicería



« que en ellos debía hacerse. Y para que no  
« pudieran alentarse mutuamente, se cons-  
« truyeron seis cabañas muy distantes unas  
« de otras, en cada una de las cuales perma-  
« necía un preso atado con cadenas, para  
« que no saliesen á animar á sus compañe-  
« ros. Al siguiente día, uno á uno fueron lle-  
« vados á la gran fosa llamada «Boca del  
« Infierno,» donde se les sujetó á los largos  
« y horribles tormentos de las hirvientes  
« aguas. . . . Cada verdugo tenía una gran  
« cuchara de madera, agujereada en el cen-  
« tro, y llenándolas de agua destapaban el  
« agujero, del que caía un grueso chorro,  
« que hacían caer sobre cada parte del cuer-  
« po del paciente, quien permanecía recto en  
« pie. Una vez vacía la cuchara, la llenaban  
« de nuevo y la vaciaban segunda y tercera  
« vez sobre cada uno de los mártires. En  
« este suplicio, la piel se desprendía en lar-  
« gas fajas, y el cuerpo se hinchaba, porque  
« este es el efecto natural de estas aguas, y  
« sin embargo, ninguno de los mártires dió  
« señal de dolor, con admiración y rabia de  
« sus verdugos. Se hallaba presente un mé-  
« dico, que calculaba las fuerzas del pacien-  
« te, y que aun les aplicaba emplastos sobre  
« las llagas, cuando eran demasiado profun-  
« das, á fin de prolongar por más tiempo sus  
« padecimientos. El mismo médico no per-

« mitía que fueran atormentados mas de dos  
« veces al día, cuatro que eran de compleción  
« delicada: mientras que al P. Antonio Ixida  
« y al P. Francisco de Jesús, que eran más  
« robustos, los dejaba sufrir este espantable  
« suplicio *hasta seis veces*. . . . Durante *un*  
« *mes entero* fueron así atormentados y que-  
« mados con tres grandes cucharadas de las  
« aguas ardientes.» Viendo que con tales  
tormentos no lograban vencer la constancia  
de los mártires, los condujeron á la cárcel  
de Nangasaki, donde permanecieron ocho  
meses y al fin los quemaron á fuego lento  
el día 3 de Septiembre de 1632.

Vivamente impresionada nuestra imagi-  
nación con el hórrido suplicio de las aguas  
hirvientes, parece como que no nos alcanza  
para detenernos á considerar todas las cir-  
cunstancias que agravan este martirio, y  
le constituyen uno de los mayores triunfos de  
la divina gracia. «Estar en medio de un an-  
« fiteatro atestado de gente, con cien mil  
« testigos del heroísmo cristiano; ver en tor-  
« no suyo miradas que animan, y oír las sor-  
« das bendiciones de personas queridas, te-  
« nía algo de consolador, algo que inspira-  
« ba al mártir, y añadía la débil ayuda de  
« las emociones humanas á la acción más  
« poderosa de la gracia.» (1) Pero pasar dos

(1) S. Em. el Cardenal Wiseman.—Fabiola. Tomo X.—43



años en una cárcel del Japón; ser llevado luego á un lugar desierto, inaccesible; verse encerrado en una miserable choza, separado de sus compañeros y de todos los que pudieran alentarles con su palabra y con su ejemplo, sin otra compañía que la del verdugo; pasar un mes entero entre los mismos tormentos repetidos á cada instante; sentir abrasar su cuerpo y renovar sin cesar las mismas llagas, todo esto sin encontrar un rostro amigo, ni recibir estímulo ni consuelo alguno humano; bajar luego en tan lastimoso estado á sufrir de nuevo durante ocho meses las penalidades imponderables de la cárcel, y después de cerca de tres años de continuos martirios, morir al fin tostado á fuego lento, sin experimentar en todos esos tres años, y tan largas horas pasadas en el dolor, la soledad y el abandono, un solo momento de flaqueza humana: hé aquí, sin duda, como dijimos, una de las más claras manifestaciones de la gracia divina: sin ella es incomprendible el triunfo de un solo mártir.

Gustosos seguiríamos extractando, para edificación de nuestros lectores, el libro de los «Doscientos cinco mártires;» les referiremos á lo menos el gran martirio del 10 de Septiembre de 1632, en que fueron coronados cincuenta y dos confesores de Cristo

hombres, mujeres y niños, unos decapitados y otros quemados vivos; pero creemos que no habrá católico que no se apresure á leer por entero una obrita tan edificante como instructiva, y preferimos que el lugar de que podemos disponer se ocupe con algunas noticias que no se encuentran en aquél libro. Aunque en él se habla con frecuencia de haber sido encarcelados los santos mártires, no se hace una descripción extensa de las cárceles del Japón; y sin embargo, la permanencia en ellas constituía un verdadero martirio, más horroroso todavía que muchos de los suplicios que quitaban la vida. Estos, por largos y dolorosos que fuesen, no podían prolongarse sin término, mientras que los de la prisión duraban años y á veces toda la vida.

## II.

Por fortuna podemos llenar cumplidamente el vacío que hemos notado, valiéndonos de un pequeño librito, que la casualidad más bien que la diligencia, puso años atrás en nuestras manos, y cuyo título es: «Relación verdadera y breve de la persecución y martirios que padecieron por la confesión de